

DISCURSO DEL EXCMO.
SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO, RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. e Ilmos. Señores,
Colegas del Claustro Académico,
Señoras, Señores:

Siempre me produce honda satisfacción dirigir unas palabras al inicio de las diversas actividades de la Facultad de Teología, ya que esta Facultad, por deseo explícito de su Fundador, ocupa un lugar muy significativo en el seno de nuestra Universidad, que, desde la radicalidad existencial de la fe, se esfuerza por desarrollar una investigación científica al máximo nivel, en permanente diálogo interdisciplinar, procurando, al mismo tiempo, que la fe de la Iglesia impregne las inteligencias y los corazones —las vidas— de cuantos integramos la *Universitas magistrorum et scholarium*.

Los Simposios anuales de la Facultad de Teología son ya una tradición firmemente asentada. En esta ocasión, el objeto de estudio y diálogo de estos tres días está en consonancia —como ha sido puesto de relieve en las intervenciones anteriores— con la gran convocatoria espiritual que el Papa Juan Pablo II ha lanzado a toda la humanidad con motivo del Jubileo del Tercer Milenio de la era cristiana. Este año 1998 es el dedicado a la meditación de la presencia y de la acción del Espíritu Santo en el mundo.

A primera vista podría parecer algo lejana la invitación a reconocer la acción del Espíritu Santo en el quehacer diario de los que nos dedicamos al desarrollo de las ciencias experimentales, o a profundizar en las ciencias jurídicas y sociales, y aun en el de los cultivadores de las ciencias humanas. Sin embargo quienes aceptamos, como certeza absoluta, que sólo en Cristo adquieren su sentido pleno el hombre y la creación, nos vemos obligados a reconocer la importancia del *Espíritu de verdad* en nuestra tarea universitaria, pues Él es quien nos guía hasta la *verdad completa* (cfr. Jn. 16, 13).

En efecto, el trabajo universitario puede considerarse como la plasmación institucionalizada de la aspiración irrenunciable de alcanzar la verdad que tiene toda persona humana, y, por esta razón, tiene mucho que ver con el impulso por conocer y desvelar el misterio de Dios, que subyace, al menos implícitamente, en el corazón del hombre. Y es que toda verdad genuina es siempre una participación limitada de la plenitud infinita de quien afirmó de Sí mismo *Yo soy la Verdad* (Jn. 14, 6), y a esa Persona somos conducidos por el Espíritu Santo.

No es de extrañar, por tanto, que en la tradición cristiana el acceso a la verdad haya sido puesto en relación con el Espíritu Santo, que guía amorosamente el hacer de Dios en el mundo: así el Espíritu de Dios *ilumina* la inteligencia, *mueve* la voluntad, *dispone* la mente humana para la acogida de lo verdadero. O que Tomás de Aquino afirmara en la Universidad de París que *toda verdad, venga de donde viniera, es del Espíritu Santo* y que *toda verdad que alcanza el hombre es inspirada por el Espíritu de Dios*.

Como responsable de una Corporación Universitaria, cada vez más variada en líneas de investigación y materias y disciplinas docentes, me parece oportuno considerar que la ciencia y el saber tienen sentido sólo cuando se les reconoce capaces de aprehender y difundir una verdad que nunca cesa de reclamar mayor luz y mayor alcance. Por eso animo a los miembros del Claustro Académico a que mantengamos nuestra tarea siempre abierta a esas *preguntas últimas*, como hemos procurado hacer desde el comienzo mismo de nuestra Universidad y constataba con agrado el Cardenal Joseph Ratzinger durante su reciente estancia entre nosotros con motivo de su Doctorado *honoris causa*.

Descubrir la verdad tiene cierto carácter de *encuentro*, de manifestación, y de expectativa ante lo gratuito e inmerecido que se cruza en el camino. Por eso la modestia intelectual debe ser una característica relevante del verdadero maestro, del hombre de ciencia respetuoso con el misterio del mundo y del hombre. Quizás esté en ello una de las condiciones más necesarias para quien, como universitario y como creyente, sabe que la pequeña o gran verdad que se alcanza es siempre un *don* que se recibe, que se acoge con agradecimiento.

En este propósito, la conciencia de nuestras limitaciones personales encuentra su contrapunto en la esperanza que surge de la invitación del Papa Juan Pablo II al instarnos a meditar y reconocer la acción del Espíritu Santo en el mundo, en la Iglesia, en la humanidad. Si así lo hacemos, es seguro que nuestras inteligencias se verán iluminadas por la luz de la fe y nuestras voluntades atraídas por el esplendor de la verdad.

Si esto es aplicable a todos los universitarios e intelectuales, pienso que lo es en mayor grado a quienes, como ustedes, se dedican a investigar en la fuente inagotable de la Revelación, donde intentan descubrir las maravillas de verdad que se encierran en el Dios Uno y Trino, para luego hacernos partícipes a los demás de esa inigualable experiencia.

Termino estas palabras agradeciendo la presencia de quienes, procedentes de áreas geográficas diversas, nos honran estos días con su presencia en este Viejo Reyno. Es para mí un honor darles la bienvenida en nombre del Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Excelentísimo y Reverendísimo Doctor D. Javier Echevarría, que sigue siempre con interés e ilusión los trabajos de esta Facultad de Teología y especialmente estos Simposios anuales, que constituyen una realidad cuajada, que enriquece la tradición de nuestra Universidad.

